

“Misericodioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

Introducción:

En peregrinación hacia la Puerta de la Misericordia

“La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 14)

Evangelio según San Lucas, 10, 25-37

Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?»

Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?»

El hombre contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

Jesús le dijo: «¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás.»

El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: «¿Y quién es mi prójimo?»

Jesús empezó a decir: «Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto.

Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vió, tomó el otro lado y siguió.

Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo.

Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él.

Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo.

Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cuídalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»

Jesús entonces le preguntó: «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?»

El maestro de la Ley contestó: «El que se mostró compasivo con él.» Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo.»

“Misericordioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

1ª etapa : el camino hacia Jericó: observar sus heridas

Tal como soy, sin temor, presento mi vida al Padre de misericordias.

Capilla de María, refugio de los pecadores

«Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto.

Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vió, tomó el otro lado y siguió.

Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo.” (Lc 10, 30-32)

En esta primera etapa de nuestro recorrido, nos quedamos en silencio, penetramos en nuestro corazón y nos preguntamos: en mi vida, ¿qué se asemeja al desorden de Jericó? ¿Sobre qué «mala pendiente» me he dejado arrastrar? ¿Qué deseo de conversión ha depositado el Señor en mi corazón?

“Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 19)

Acto de Contrición

Jesús, mi Señor y Redentor, yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy, y me pesa de todo corazón, porque con ellos ofendí a un Dios tan bueno.

Propongo firmemente no volver a pecar y confío que por tu infinita misericordia me has de conceder el perdón de mis culpas y me has de llevar a la vida eterna. Amén

Examen de conciencia propuesto por el papa Francisco

“El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: « No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis» (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra

presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.”
(*Misericordiae Vultus*, 14)

“El perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. Acojamos entonces la exhortación del Apóstol: «No permitan que la noche los sorprenda enojados» (Ef 4,26). Y sobre todo escuchemos la palabra de Jesús que ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. «Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia» (Mt 5,7) es la bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este Año Santo.”

(*Misericordiae Vultus*, 9)

“No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr Mt 25,31-45). Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga ... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: **«En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor».**”

(*Misericordiae Vultus*, 15)

“Pienso en modo particular a los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que éste sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es solo una ilusión. No llevamos el dinero con nosotros al más allá. El dinero no nos da la verdadera felicidad. La violencia usada para amasar fortunas que escurren sangre no convierte a nadie en poderoso ni inmortal. Para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios al cual ninguno puede escapar.

La misma llamada llegue también a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción. Esta llaga putrefacta de la sociedad es un grave pecado que grita hacia el cielo pues mina desde sus fundamentos la vida personal y social. La corrupción impide mirar el futuro con esperanza porque con su prepotencia y avidez destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que se anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos. La corrupción es una obstinación en el pecado, que pretende sustituir a Dios con la ilusión del dinero como forma de poder. Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga. *Corruptio optimi pessima*, decía con razón san Gregorio Magno, para indicar que ninguno puede sentirse inmune de esta tentación. Para erradicarla de la vida personal y social son necesarias prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unidas al coraje de la denuncia. Si no se la combate abiertamente, tarde o temprano busca cómplices y destruye la existencia.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón.” (*Misericordiae Vultus*, 19)

“Misericodioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

2ª etapa

Vino a buscarnos a cada uno de nosotros.

El agua bautismal: el encuentro entre Cristo médico y la gracia de los sacramentos

“Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él.

Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía...” (Lc 10, 33-34)

“En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida [...]. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 25)

Cristo nos amó, y en su amor nos ha llevado a cada uno de nosotros sobre la Cruz, con nuestras debilidades y nuestros pecados, para ofrecernos una vida nueva, para darnos acceso cerca del Padre.

Al avanzar para santiguarnos con el agua bautismal, recordamos que fuimos sumergidos en la misericordia de Dios, abierta a todos en la muerte y la resurrección de Jesús, y pedimos la gracia de ser siempre y más intensamente, con un corazón purificado y un espíritu más abierto, instrumentos de la misericordia en medio de este mundo.

Realizando en nuestro cuerpo la señal de la cruz con agua bendita, podemos decir cada uno en voz baja:

«Señor, creo en tu misericordia»

“Misericordioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

3ª etapa

Quiso su Iglesia para compartir su vida

Capilla de la Virgen María

El albergue, la Iglesia: la palabra de Dios, la Virgen María y los sacramentos

“...Lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo.

Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cuidalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»” (Lc 10, 34-35)

El albergue es la Iglesia, a la que Cristo nos confía. La Iglesia es el lugar donde recibimos la Palabra de Dios y los sacramentos. Esta Palabra de vida, transmitida a través de la Sagrada Escritura, se resume en el doble mandamiento del amor: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia, y al prójimo como a ti mismo». (Lucas 10, 27)

El amor de Dios, el amor del prójimo, son las «dos monedas de plata» que Cristo nos vuelve a poner en la Iglesia esperando su devolución al final de los tiempos.

Recibimos cada uno dos versículos de las Escrituras que estamos invitados a meditar: nos preparan para cruzar la santa Puerta y para prolongar nuestro proceso en nuestra vida cotidiana.

«Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige.»

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 13)

La Iglesia es también el lugar donde María, la Madre del Salvador, nos acoge a todos.

“El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia [...]. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende «de generación en generación» (Lc 1,50) [...]. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del **Salve Regina**, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 24)

En la Iglesia, nos apoyamos en la fe que confesó San Pedro y transmitieron los apóstoles. En el marco de un proceso para recibir la indulgencia plenaria del Año Santo, se propone fijar una parada delante de la estatua de San Pedro para recitar el Credo (Yo creo en Dios), en comunión con el papa Francisco, sucesor de Pedro.

“Misericodioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

4ª etapa

Con los santos de ayer y hoy, nos convertiremos en artesanos de la misericordia.

Capilla de Santa Margarita María Alacoque: las obras de misericordia y la intercesión de los santos

“Jesús entonces le preguntó: «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?»»

El maestro de la Ley contestó: «El que se mostró compasivo con él.» Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo.»»

(Lc 10, 36-37)

“Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 15)

- **Las obras de misericordia corporales:**

dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos.

- **Las obras de misericordia espirituales:**

dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

Nos comprometemos a realizar un acto de misericordia, que escribimos en una «papeleta de obras de misericordia», y que depositaremos en la Copa de Misericordia delante del Señor, después de haber cruzado la Puerta de la Misericordia.

“Nuestra plegaria se extienda también a tantos Santos y Beatos que hicieron de la misericordia su misión de vida.”
(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 24)

En nuestro compromiso de realizar estos actos de misericordia, confiamos en la intercesión de los santos de la Misericordia, particularmente los que han llegado antes que nosotros en peregrinación a Montmartre, para que nos ayuden a caminar sobre sus pasos.

Letanías de los santos de la misericordia

Con San Dionisio de París, que dio su vida por amor para anunciar a nuestros padres la buena noticia de la Salvación,

te rogamos, Señor

Con Santa Margarita María Alacoque, que contempló el Corazón de Cristo ardiendo de amor por todos los hombres,

te rogamos, Señor

Con San Vicente de Paúl, apóstol infatigable de la caridad cerca de los más pobres y los más desfavorecidos,

te rogamos, Señor

Con San Luis Martín, testigo de la ternura de Dios en su vida familiar,

te rogamos, Señor

Con Santa Teresa de Lisieux, que se ofreció con confianza al Amor misericordioso de Dios,

te rogamos, Señor

Con el bienaventurado Carlos de Foucauld, que recibió la misericordia de Jesús e irradió su ternura cerca de los más débiles entre sus hermanos,

te rogamos, Señor

Con Santa Faustina Kowalska, que fue llamada a penetrar en las profundidades de la misericordia divina,

te rogamos, Señor

Con San Juan XXIII, artesano de paz y de reconciliación entre los hombres.

te rogamos, Señor

Con San Juan Pablo II, apóstol de la misericordia divina para la Iglesia del nuevo milenio,

te rogamos, Señor.

“Misericordioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

5ª etapa

El paso de la Puerta de la Misericordia

“La Puerta Santa es una Puerta de la Misericordia, a través de la cual cualquiera que entrará podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza.” (Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 3)

Cruzamos la puerta para encontrar a Dios y dejar que Dios nos encuentre, con el deseo de la comunión de los corazones con todos nuestros hermanos. Este paso nos conduce a la nave ante el Santo Sacramento expuesto.

Oración para cruzar la Puerta de la Misericordia

¡Oh!, Padre Santísimo,
Dios tierno y misericordioso,
en el umbral de esta santa Puerta,
posa sobre nosotros tu mirada de bondad.
Que al traspasarla,
nuestros corazones se vuelvan resueltamente hacia Ti.
¡Escucha, Señor, y ten piedad!

Concédenos la gracia de un verdadero arrepentimiento
por tu Hijo Bien Amado, Jesucristo.

Por la fuerza de tu Espíritu Santo,
llévanos por el camino de la conversión.
Inspíranos las obras de misericordia y los gestos de conciliación que debemos realizar
y guárdanos de condenar a los demás.
Danos fuerzas para combatir el mal,
vigilantes en la escucha de tu Palabra,
felices de ser signo de tu Amor.
¡Escucha, Señor, y ten piedad!

Perdónanos, santifícanos,
para que podamos, en la hora de nuestra muerte,
ponernos frente a Ti, purificados de cualquier mancha,
y cantar por siempre con nuestros hermanos
tu Misericordia. Amén

“Misericordioso como el Padre”

Camino jubilar de la misericordia a la basílica de Sagrado Corazón de Montmartre

6ª etapa: la Copa de Misericordia y la adoración eucarística

“Asumir la misericordia de Dios como propio estilo de vida.”

(Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 13)

Dejamos nuestra papeleta de obra de misericordia en la Copa de Misericordia.

- «¡Dios mío, ven en mi ayuda, Señor, date prisa en socorrerme!» (Salmo 69)

- «No temas: estoy contigo» (Isaías 41, 10)

Adoramos en silencio al Señor Jesús, presente en el Santísimo Sacramento, y pedimos por el papa Francisco, por las intenciones que alberga en su corazón para el bien de la Iglesia y del mundo entero.

ORACIÓN DEL SANCTUARIO

Señor,

Tú que has querido estar

presente en medio de nosotros

a través de Tu Santa Eucaristía,

Misterio de Tu Amor,

Nos unimos a todos aquellos que vienen a adorarte,

en espíritu y verdad.

Rezando de día y de noche,

queremos ofrecer nuestra presencia a Tu presencia.

Permítenos escucharte en el silencio,

Tú que quieres revelarte

en la intimidad de nuestro corazón.

Ayúdanos a abandonarnos en Ti:

que suban de nuestros corazones

las súplicas y alabanzas, la ofrenda
de nuestra vida en absoluta confianza.

Que Tu Corazón Sagrado, fuente de toda misericordia,
colme nuestros corazones de paz y gozo interior,
que afirme nuestra fé, renueve nuestro amor
y mantenga nuestra esperanza. Amén.

ORACIÓN DEL JUBILEO DE LA MISERICORDIA

(© Copyright - Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización)

Señor Jesucristo,

tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.

Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.

Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena del buscar la felicidad solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.

Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra que dijiste a la samaritana:
¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.
Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos

y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,

a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amén.